

MARÍA

Al público.

Cartas que van y que vienen,  
pedazos del arma zon,  
de las madres que ayí tienen  
pedazos der corazón.

## LA COPLA ANDALUZA

Trabajo leído en el Ateneo, de Madrid, el 17 de abril  
de 1910, en velada dedicada á la «Coplá popular española».

## LA COPLA ANDALUZA

Óyeme lo que te digo:  
te ha de haser malas partías  
el amigo más amigo.

Así dice la *soled*, señoras y señores; y el amigo más amigo á quien la referimos ahora es el presidente de esta Sección, que nos ha jugado, por cierto, lo que se llama una partida serrana al obligarnos á hablar aquí de la copla andaluza.

Cuantos medios pusimos en juego para librarnos discretamente del compromiso se han estrellado contra su bondadosa obstinación y su autoridad; porque como al mismo tiempo que presidente de la Sección de Literatura en el Ateneo es alcalde en Madrid, nos ha pasado con él lo que á Peneque con el alcalde de su pueblo:

— A mí me llaman Peneque,  
señor alcalde: ¿qué haré?  
— Vaya usted con Dios, Peneque,  
que yo lo remediaré.

Y la partida que nos ha jugado el señor alcalde consiste no sólo en hacernos hablar de la copla andaluza, sino muy principalmente en que ello ha de ser en el mismo lugar y ocasión en que habéis oído la elocuente y autorizada palabra del maestro de todos: el señor Rodríguez Marín.

El señor Rodríguez Marín, día tras día y año tras año, con amor de poeta, con culto de devoto, con veneración de gran artista al ingenuo saber del pueblo, seleccionó y coleccionó primorosamente el rico caudal de los cantos populares españoles. Y el libro que compuso en aquella inteligente y delicada labor fué tan bello, tan sano y fuerte, que cuando el espíritu, fatigado de lecturas enfermizas, producto híbrido, artificial y tormentoso de efímeras modas literarias; cuando el espíritu busca sus páginas con anhelo, parecé que se asoma al mar ó que sale al campo.

Y al mar se asoma para encontrar esta perla del mar de nuestros cantares andaluces, glosada é interpretada por cien poetas:

Aquí no hay naíta que vé,  
porque un barquito que había  
tendió la vela y se fué.

Y se asoma al campo para encontrar asimismo esta flor:

Todas las flores der campo  
las cautiva er mes de Enero,  
y en yegando Abril y Mayo  
salen de su cautiverio.

Y huele á romero y tomillo, y los aires puros del campo y las salinas brisas del mar refrescan la frente y el alma. Y como en el preciado libro hay eco de las verdes montañas del Norte, y de los yermos campos de Castilla, y del recio y fuerte Aragón, y de la poética Andalucía, y de España toda, en fin, los ojos no se cansan de leer, y parece como que un sabroso airecillo de patria va moviendo y pasando las páginas en que el pueblo escribió sus penas, sus amores, sus celos, sus odios, su vida varia y pintoresca. Este libro, portentoso ya, será muy pronto portento de portentos, pues su autor, insaciable y avaro rebuscador de bellezas, va á acrecentarlo con nuevos y peregrinos tesoros de coplas, bien así como un perseguidor de mariposas de colores, que en cuantas halla sabe encontrar el precioso matiz que las distingue de cuantas hasta entonces vió.

El campo tiene sus flores,  
y sus estrellas el cielo,  
y sus arenas los mares,  
y sus cantares el pueblo.

Precisamente, y concretándonos ya á lo que aquí nos toca, la gran dificultad de este trabajo — si ya no fuera bastante dificultad la de nuestra impericia y poco arte — estriba en que las coplas andaluzas son tantas, sin hipérbole, como las arenas del mar, las flores del campo y las estrellas del cielo. Y además de ser tantas en número, tienen también su misma imponderable y rica variedad de formas, luces y colores.

Sería temerario y ridículo pretender, en el poco espacio de que disponemos, daros algo más que una impresión fugaz y pasajera de la infinita diversidad de sentimientos íntimos y bellas expresiones que lleva en el alma y en los labios la musa popular andaluza.

Empezando por lo más exterior de la forma, por la estructura métrica de los cantos, vemos en ellos ya variedad muy graciosa. He aquí una copla de baile de sevillanas:

En lo que me entretengo  
cuando estoy triste  
es en oler la rosa  
que tú me diste.  
Aunque está seca,  
me acuerdo de los tiempos  
que estaba fresca.

He aquí ahora, por contraste de seguidillas, una gitana:

Subí á la muraya,  
me respondió er viento:  
¿Á qué vienen tantos suspiritos  
si ya no hay remedio?

Oíd ahora una malagueña:

Si muero lejos de ti,  
moriré con tu memoria;  
pero si estás junto á mí,  
habré yegao á la gloria  
antes de salir de aquí.

Oíd una petenera:

La pena y la que no es pena,  
todo es pena para mí:  
ayer penaba por verte  
y hoy peno porque te vi.

Escuchad una *soleariya*:

¡Mujeres!  
Cuanto más bonitas son  
más malas partías tienen.

Escuchad una *soled*:

La vi por la serranía:  
pintores no la pintaran  
bonita como venía.

Y ya que dimos en la *soled*, flor predilecta de los cantares andaluces, esencia pura del alma de aquel pueblo, hablemos de ella primeramente, siquiera sea poco.

La *soleá*, á cuya música, tierna y cariñosa, suelen adaptarse también coplas de cuatro versos,

Grande pena es la de un siego,  
que no ve por dónde va;  
pero mayor es la mía,  
que no sé tu voluntá,

es por naturaleza de tres versos solos: breve y aérea:

Esta mujé está sembrá:  
va derramando mosquetas  
por dondequiera que va.

Así es la *soleá* clásica, pura y neta.

Dijo á la lengua er suspiro:  
échate á buscá palabras  
que digan lo que yo digo.

Algo que tiene el valor de una lágrima que resbala, de una queja que se da al aire, de una sonrisa que abre unos labios, de un beso furtivo ó traicionero.

La *soleá*, noble, tierna, fina, señoril, llena de gracia honda y de sentimiento espontáneo, pocas veces es cómica:

Tu madre, forforiyera,  
y tu padre, esquilaperros:  
¡vaya una gente fuleral

Con dificultad se tropieza en las *soleares* con

ejemplos de tan poco aristocrática gente. Ni con amadores de esta calaña:

Yo he venío de Sanluca:  
er que quiere á una morena  
hasta los deos se chupa.

Un hombre que viene de Sanlúcar á hacer esa importante revelación, sin duda es todo un hombre; pero es más bien héroe de zapateado que de *soleá*.

La *soleá* también es á veces resueltamente alegre y triunfadora:

¿Quién tiritita habiendo guita?  
¿Quién tiene la novia fea  
habiendo tanta bonita?

Que, por cierto, es un punto de vista muy de estimar y muy recomendable. Á veces es graciosa, culta y galantemente graciosa:

¡Ajolá me den un tiro!  
Con pórvora de tus ojos,  
con bala de tus suspiros.

Ó esta otra:

¡Ajolá me caiga un rayo!  
De los que van á la iglesia  
de catorse á quince años.

Á veces es delicadamente poética:

Cuando yo te quise á ti  
se cuajaron los rosales  
de rosas pitiminí.

Á veces es desgarradora como una herida  
abierta en el corazón:

¡Que venga el alba de veras!  
¡Á ver si viniendo el alba  
se alivia mi compañera!

Pero donde reside el verdadero espíritu de la *soledá*, donde se encierra su íntimo perfume, es en aquellas coplas á un mismo tiempo dulces y amargas, melancólicas y alegres á la par, flores de risa y lágrimas mezcladas en un sentimiento común: fruto natural del corazón humano, que ha de vivir eternamente entre lágrimas y entre risas. Entonces la *soledá* se asemeja á la hermosa cara de una muchacha que por celos ó desvío riñó con su amante, y lloró de pena, y luego que él la convenció y fascinó de nuevo, cuando ya vuelve la risa á su boca, aun quedan lágrimas en sus ojos:

No me yores, no me yores:  
que yorando me pareses  
la Virgen de los Dolores.

Ó esta otra, que tiene la arrogante alegría  
y la resolución tan clara y firme como loca de  
lo que hay que hacer por amor:

Vente conmigo y haremos  
una chosita en er campo  
y en eya nos meteremos.

Ó si no, ésta, para concluir:

Siéntate á la vera mía:  
con eso tendrá mi cuerpo  
un rayito de alegría.

Así como la *soledá*, aun siendo generalmente como hemos dicho, ofrece tanto matiz y cambiante, la seguidilla gitana es, casi sin excepción, triste y dolorosa. Para hallar una dulce, apacible ya que no risueña, es preciso rebuscar mucho en la memoria.

Á canela y clavo  
güele mi jazmín:  
er que no güela á clavo y canela  
no sabe estinguí.

Ésta es muy linda, ¿no es verdad? ¿Quién no tiene y cultiva un jazmín delicado, con olor á clavo y canela para su dueño, que cree que *no distingue* nadie que no acierte á apreciarlo como él lo aprecia?

Vaya también otra, no menos linda, á modo de consoladora excepción en el campo trágico de la seguidilla gitana:

No sarga la luna,  
que no tie pa qué:  
con los ojitos de mi compañera  
yo me alumbraré.

Y vaya ahora, en fin, una que, como sus más

legítimas hermanas, nació entre penas y sollozos:

Penas tie mi mare,  
penas tengo yo:  
las de mi mare son las que yo siento,  
que las mías no.

Cuantos pretenden ridiculizar el canto andaluz, sin conocerlo, porque si lo conocieran no lo pretenderían, hacen casi siempre de estas coplas, hondamente sentimentales y amargas, las más grotescas imitaciones. Son injustos. Debieran considerar por cima de todo que esos gritos del corazón, esos alaridos del alma, nacieron por manera espontánea, por la misma fuerza del dolor, ya en las frías camas de los hospitales, ya en los negros calabozos carcelarios, ya en los tugurios del hambre y la miseria, ya, sencillamente, en cualquiera parte ó lugar, de los tormentos y duelos de la vida.

Poesía engendrada en la sombra, flor del llanto, á la luz se quiebra y descompone. Y si esa luz no es la del día, sino la de una juerga tumultuosa y liviana, en donde el canto bello aparece convertido en negocio y su espontaneidad perdida y transformada en algo rutinario y frío, exagerado y violento, el aroma de la copla se pierde y su encanto se va.

Pero decidnos si hay ó no belleza en ésta,

que parece un sollozo de los últimos de una vida enamorada de otra vida:

¡Por Dios te lo encargo:  
que con las sintas de su pelo negro  
me amarren las manos!

Y escuchad esta otra:

Á la media noche  
me despierto y digo:  
er luserito que á mí me alumbraba  
ya no está conmigo.

Dadle á la copla la interpretación que queiráis. Si llora una ausencia temporal y el lucerito puede volver á brillar en la vida de quien la llora, bella es. Si la ausencia que llora es eterna y el lucerito es el hijo que se murió, la compañera que ya no ha de volver á verse, la copla es bellísima:

Á la media noche  
me despierto y digo:  
er luserito que á mí me alumbraba  
ya no está conmigo.

Cuanto más dolor, más belleza.

Y ya que hablamos en defensa de estos cantares del dolor, fijaos en este que vamos á citar, y que, si no es seguidilla gitana, fué inspirado por la misma musa doliente:

Se murió, y mi pañuelo  
se lo puse por la cara,

por que no tocara tierra  
boquita que yo besaba.

Y atended, por último, para no cansaros, á esta primorosa y delicada expresión de una pena infinita, lamento de la más honda y melancólica ternura:

¡Presiosa claveyinita,  
yevada ar pie de la sierral  
¡Qué lástima de carita,  
que se la coma la tierral!

¿Quién no ve en esta sencilla y poética evocación, tan profundamente compasiva, tan intensa y clara, á la niña enferma que al pie de la sierra fué á buscar en vano la salud por que suspiraba? ¿Quién no llora con el poeta popular?

Poetas cultos, los que, torturando vuestro cerebro, buscáis en la extravagancia la originalidad de la poesía, huyendo de la poesía verdadera, aquí la tenéis:

¡Presiosa claveyinita,  
yevada ar pie de la sierral  
¡Qué lástima de carita,  
que se la coma la tierral!

Ya dijimos al empezar que sería temerario intento el de ofrecer algo más que una some-  
ra impresión de la riquísima y varia poesía del pueblo andaluz. Nos hemos detenido un instante en la *soled* y en la seguidilla gitana porque

es la *soled* la más característica y genuina forma de esa poesía, y en la seguidilla gitana hay como un germen de todos esos cantares apes-  
rados que tanto se discuten.

Imposible es entrar en particularidades de fondo ni de expresión. Sin embargo, no dejaremos de señalar una de éstas, por lo que tiene de original y porque viene á ser un sello peculiar y distintivo de nuestras coplas. Nos referimos al diminutivo. Cuando no sepáis bien la procedencia de un cantar, si en él hay un diminutivo siquiera en *illo* ó en *ito*, dadlo por andaluz:

En er campito yueve;  
mi amor se moja;  
¡quién fuera chaparrito  
yeno de hojal!

Diminutivo que, siempre cariñoso, suele entrometerse en nuestras coplas hasta en algunos verbos:

¿Quién le ha *pegaito* á mi padre,  
que es un pobresito viejo  
que no se mete con nadie?

Y en ocasiones, cuando el cariño se exalta más, el diminutivo se multiplica, como en esta linda copla de nana:

Niño chiquirritito  
de pecho y cuna:



¿dónde estará tu madre,  
que no te arruya?

Chiquirritito: ni chiquito, ni siquiera chiqui-  
tito. Había de ser chiquirritito, que es muchísi-  
mo más cariñoso.

Como lo es en ésta, que tiene alguna seme-  
janza con otra recordada ya:

Muertesita la encontré:  
como la vi tan bonita,  
la carita le tapé.

El diminutivo cariñoso llega á no encontrarla  
muerta, sino *muertesita*.

Terminaremos, para no incurrir en el defec-  
to de los aficionados al canto andaluz, que se  
ponen á cantar y no saben callarse nunca.

Y terminaremos ofreciéndoos desordenada-  
mente, según acudan á nuestra memoria, va-  
rios cantares sueltos, de llanto, de celos, de  
amores, de requiebros, de risa, como flores  
cogidas al paso y al azar en un exuberante  
huerto sevillano, para que no dejéis de recibir  
siquiera sea aquella pálida impresión de que os  
hemos hablado de los infinitos colores y mati-  
ces que enriquecen el bello y galano cancionero  
andaluz.

La mujer, naturalmente, es el objeto prefe-  
rido de su musa; y la mujer graciosa, primero

que todas; y si sobre ser graciosa y mujer es  
morena, apaga y vámonos:

En pasando mi morena,  
trompiesa to er que va etrás:  
que va sembrando la caye  
de terronsiyos e sá.

Fué indudablemente esta morena aquella que  
con una salivita no más de su linda y salada  
boca transformó la naturaleza del agua marina:

Antiguamente eran durses  
las agüiyas de la má;  
pero escupió mi morena,  
y se golvieron salás.

La predilección por las morenas llega tal vez  
á ser mortificante para las rubias:

Vale más lo moreno  
de mi morena  
que toda la blancura  
de la asusena.

Sin embargo, la blancura de una mujer ins-  
pira esta sentidísima copla:

¡Blanquita como la nieve!  
¡Qué lástima de gachí  
que otro gachó se la yevel!

Á la cual puede ponérsele este reverso, de  
un hombre perseguido por una mujer que no  
le gusta:

Esta gitana está loca;  
quiere que la quiera yo:

¡que la quiera su marío,  
que tiene la obligasión!

Los ojos negros son comprometedores; son  
de un grave peligro:

Toditos los ojos negros  
los van á prendé mañana:  
tú, que negritos los tienes,  
échate un velo á la cara.

Los ojos azules son también harto peligro-  
sos, no obstante su aparente dulzura:

Esos ojitos asules  
se los has robao ar sielo,  
y ar sielo le darás cuenta  
der mar que hisiste con eyos.

Atended á lo que dice un amante á su novia,  
celosa:

Como estás esta noche  
tan selosita,  
pareses una rosa  
con espinitas.

Atended á lo que le canta otro á la suya, de  
su probable suegra:

Anda tu madre disiendo  
yo no sé qué de mi honó:  
¡como si tú desendieras  
der señó gobernadó!

Ved si cabe mayor generosidad en este otro

amante, herido por el desengaño de una mujer  
ingrata:

Á la Virgen de los Reyes,  
en la Puerta de los Palos,  
le pedí por la salú  
de la que me dió mar pago.

Hay que advertir que cuanto se le pide á la  
Virgen de los Reyes en aquella puerta es creen-  
cia firme que se obtiene en todos los casos.

El amor trae siempre consigo disgustos, in-  
quietudes y cavilaciones:

Jaleo y más jaleo;  
viendo que tú no venías,  
eché una carta ar correo.

Y si así es el amor, el interés no le va en zaga:

Er dinero es un mareo;  
aquer que tiene parné  
es bonito aunque sea feo.

Oíd ésta, qué graciosa y pulida:

— Dime, rosita de Mayo,  
¿quién te ha robao er coló?  
— Un sordado de á cabayo  
con palabritas de amó.

Y esta otra, que pinta el amor fraternal,  
fuente de miles de inspiraciones:

No me quiere naide:  
con que me quiera mi hermaniyo er chico  
tengo yo bastante.

No le pasa lo mismo á aquel que así se lamenta de su soledad en la vida:

¿Ande me arrimaré yo,  
si no hay un pecho en er mundo  
que quiera darme caló?

Las imágenes religiosas tienen en su corona ideal centenares de perlas. Vaya aquí la más conocida de todas:

Mira qué bonita era:  
se paresía á la Virgen  
de Consolación de Utrera.

Vaya esta otra, de un poco más allá:

En Osuna está, señores,  
la imagen más pelegrina  
que pueden pintar pintores  
con paper y tinta fina:  
¡la Vinge de los Dolores!

Y no mereceríamos perdón de Dios ni de los hombres si olvidáramos aquí la misteriosa y desolada saeta:

En la caye la Amargura  
Cristo á su madre encontró:  
no se pudieron hablá  
de sentimiento y doló.

Y este pueblo, que así venera á sus imágenes y así canta su sentimiento religioso, para los curas, para las monjas, y para los frailes

sobre todo, discurre los más punzantes epigramas:

Si los frailes comieran  
chinas del río,  
no estuvieran tan gordos  
ni tan lusíos.

—  
Camino de Seviya  
van dose frailes;  
todos yevan arforjas  
chicas ó grandes.  
Van dose monjas  
en busca de los frailes  
de las arforjas.

Finalmente, un andaluz castizo y neto canta de esta manera:

No quiero querer á nadie,  
ni que me quieran á mí:  
quiero andar entre las flores,  
hoy aquí, mañana ayí.

Y esa conducta es la que hemos imitado nosotros en este caso. Sin detenernos mucho en ninguna, andar entre todas: de las rosas á los claveles, de las amapolas á los lirios, de los jazmines á las violetas, de los nardos á las campanillas.

Y puesto que de flores hablamos, como remate de estas pobres hojas con que hemos preten-

dido realzar la belleza de cuantas flores ofrecimos á vuestra consideración, vaya un pregón de flores:

Un jardín yevo en er brazo:  
marvalocas, sensitivas,  
asusenas, siemprevivas.  
Yevo las flores der laso,  
yevo reseda y jarmines,  
yevo la flor de la sera,  
yevo quinse primaveras  
cogidas en mis jardines.

—  
Yevo lirios, yevo dalias,  
yevo las marimoñitas,  
las más bonitas de España.

Madrid, 5-4-910.

## LA MUSA DE JUAN SOLDADO

Trabajo leído en el Centro del Ejército y de la Armada, de Madrid, en la velada organizada el 2 de marzo de 1911, por la Academia de la Poesía Española.